

EL ENCUENTRO

Nací en un pequeño poblacho costero, de las entrañas de una mujer que me abandonó sin apenas haberme visto la cara, ni oído llorar. Las fuerzas escaparon de su cuerpo nada más darme a luz. Mi padre, que la amaba más que a nada, al principio me odió por habérsela arrebatado, pero finalmente, me consideró cómo lo único que le quedaba de ella y me llevó consigo, pues a nadie más tenía en este mundo.

Crecí pues, compartiendo con él todo su universo, un mundo bien alejado de las praderas, los ríos y los bosques. De las escuelas y los niños, de las casas, de la mismísima tierra. Porque me críe en los mares, entre barriles de ron y conservas de carne y queso. Entre los mástiles, las velas y las brújulas. Mi padre tuvo bastantes dificultades con la tripulación, por las malas supersticiones de llevar una mujer a bordo. -Pero no es una mujer-puntualizó- sólo es una niña.

Sin embargo, esa niña fue creciendo. Y para cuando mi cuerpo comenzó a tomar las formas sinuosas de una mujer, ya tenía más que ganado mi hueco dentro de aquella gran familia.

Era increíblemente feliz, vivaracha y resuelta; aquel barco de doble mástil y cuatro velas amarillentas y roídas, eran todo mí mundo. Conocía cada rincón, era capaz de caminar de una punta a otra en medio minuto, y sin embargo, era dueña de la más inmensa sensación de libertad que pudiera caberme en el pecho. Mi infancia fue dulce y salada; aprendí a nadar antes que a caminar, y a manejar la brújula antes que a leer. Mi familia se ocupó al completo de mi educación. Frank, el contramaestre, me enseñó a realizar todos los tipos de nudos que pudieran existir, más algunos yo creo, de su propia invención. Otro de los marineros, Leny, un tipo enorme, peludo y bonachón, me enseñó a manejarme entre los fogones. Se suponía que era mujer, y que debía realizar las labores que se nos designaba por naturaleza, pero nunca me trataron así. En realidad siempre fui la niña mimada y querida del Spirit, nuestro vivaracho y destartalado navío.

Pero lo que más me fascinó siempre, fue sentarme a observar las olas. En los momentos en los que el Sol se escondía, y las aguas, ondulantes y cálidas, mecían con suavidad nuestra embarcación, era como si las sirenas me llamaran. Todo era luminoso, mar y Sol se juntaban, cómo dos amantes que danzasen en el centro del mismísimo universo. En esos momentos, me sentía en completa armonía en esa burbuja de oro y plata, embriagada con el olor a sal, la brisa fresca, la propia vida que nos envolvía y palpitaba al unísono con el Spirit, apacible y risueño.

Otros días parecía que nos deslizásemos sobre un espejo de plata, calmado y tibio, y entonces era necesario bajar de cubierta y que los hombres se

afanasen en los remos. Me parecía increíble cómo sus músculos se tensaban al unísono, cómo las respiraciones se acompasaban y las gotas de sudor corrían cual ríos por sus rostros. Yo me afanaba en provisionarles de agua fresca, en tratarles las rozaduras de las manos castigadas, incluso con el timón y las velas, cuando era necesario.

Sin embargo, en otras ocasiones, el océano podía asemejarse a las mismísimas puertas del infierno. El agua gélida caía a bocajarro sobre la cubierta, el propio océano parecía decidido a tragársenos, a hacerse notar cómo el rey que era, una potencia suprema enojada por que hubiésemos perturbado sus aguas, acabado sus peces, atacado a sus grandes mamíferos.

Una de esas noches negras, desperté súbitamente en mi pequeño camarote, contiguo al de mi padre. Había una gran marejada, me levanté con dificultad y me agarré al cabecero de la cama, para no perder el equilibrio. Comencé a buscar con dificultad el farol, pues me hallaba inmersa en las tinieblas de la noche. Cuando conseguí por fin romper la oscuridad con una tímida llama, me abrí camino hacia cubierta, esquivando barriles y cajones que se deslizaban de un lado a otro, con el bailoteo del barco entre las olas.

Una ráfaga de viento gélido me golpeó la cara cuando conseguí por fin, subir las escaleras que me separaban de cubierta. Hacía una noche negra, ni estrellas ni Luna daban la cara atrapadas tras la inmensa cantidad de nubes, que cómo torbellinos se adueñaban de cielo y mar. Me encontré con que ya todos se afanaban por mantener el barco a flote. La fuerza de las olas y el viento eran tal, que el Spirit parecía un barquito de papel en medio de una olla de agua hirviendo. El mar embravecía, resoplaba, desplegando toda su inmensidad y su furia. En uno de sus arrebatos, el cabo superior de la vela mayor se soltó de su unión con la parte más alta del mástil. Con esto nuestro navío perdió lo poco que le quedaba de equilibrio y dio un gran redoble, de manera que la mayor parte de la tripulación y de los utensilios de cubierta fueron a parar a estribor. Era tal la locura que se adueñaba de la situación que trepé sin pensar el mástil de proa, que me llevaba a la parte superior de la vela desprendida. Sabía que en esas condiciones era la más ágil y rápida de la tripulación. Sin embargo, la situación no era sencilla, el viento me ensordecía a la vez que el agua salada me azotaba el cuerpo en su clamor por destruir aquello que había venido a alterar su paz. Aferrándome a la madera desvencijada con todas las fuerzas de mis brazos, mis rodillas, y mi propio espíritu, conseguí alzarme hasta la parte superior, dónde por fin, alcancé a situarme en la cofa de vigía (*1). La cuerda que había sujetado la vela mayor aún se encontraba a mi alcance, gracias a que el nudo maestro de Frank había soportado la tensión del estacazo. Me volqué sobre la barandilla del vigía, hasta que conseguí alcanzar el nudo, con la punta de mis dedos, y al hacerme con él comencé a tirar. Pero fue imposible, la vela empapada pesaba demasiado incluso para un hombre del doble de mi tamaño. Entonces

desesperada, pasé la cuerda por la baranda del vigía a modo de palanca y comencé a tirar de nuevo. Con todas mis fuerzas conseguí que la vela comenzase a ascender. Abajo oía a los hombres gritar, pero sus palabras no llegaban hasta mí. No importaba, debía acabar con aquello, la integridad de todo mi mundo dependía de ello. Tomé aliento y acompasé mi respiración, tensé los músculos de nuevo y así, movimiento a movimiento, conseguí que la cuerda fuese ascendiendo hasta su posición anterior. El viento era horroroso, parecía que el barco entero iba a salir volando en cualquier momento. Hice un nudo con la cuerda a la baranda del vigía y tomé aliento. Aquello no sería suficiente, debía situarla en su posición anterior, en la argolla que se situaba sobre mi cabeza. Era la única manera de que el barco volviera a estabilizarse. Cogí valor y volví a sujetar la cuerda, pero mis brazos no alcanzaban a la argolla donde podría situar de nuevo el cabo de la vela mayor. Puse mi pie izquierdo sobre la baranda y de un impulso conseguí llegar hasta la argolla, a la que me aferré para estabilizarme. Conseguí pasar el extremo del cabo para volver a tirar con todas mis fuerzas, consiguiendo que al fin la vela tomara su posición habitual. El sudor y el agua habían conseguido que estuviese empapada de pies a cabeza pero no me importaba, conseguí realizar en un último esfuerzo un nudo en As de guía (*2) y por fin respiré.

Entonces, una nueva ráfaga salvaje arremetió contra la ya repuesta vela, y me sacudió a mí con ella, aferrada sobre la argolla y con mis agotados pies en la deslizante barandilla del cofe de vigía.

Azul. Azul es mi mundo, mi universo. Me rodea y me abriga, inmenso, infinito, azul vivo, azul soy.

Porque aquí es donde nací, donde siempre he vivido. Donde abrí los ojos por primera vez y me alimenté de la tibia leche de mi madre. Después de que ella me empujara hasta la superficie para abrir mis pulmones por primera vez, claro está. Porque no somos peces, y me ofende todo aquel que pueda confundirnos con dichos seres tan bobos. Ellos se mueven solo por instinto, cualquiera diría que están programados para seguirse los unos a los otros sin chocar jamás. Pobres peces, cuando entran en nuestras bocas lo pienso. Es tan fácil engañarlos. Cuando tenemos hambre nos situamos bien cerquita del fondo, en círculo, y entonces, echamos aire por nuestros opérculos de manera que ellos y demás bichillos que andan por ahí, se asustan o son atrapados por las burbujas, y van a superficie. Luego es tan fácil ascender abriendo nuestras enormes bocas... Menudo festín. Pobres peces, yo los quiero y los respeto. Son nuestra vida, al igual que lo seremos nosotros al morir y hundirnos hasta el fondo para ser bocado de todos aquellos microorganismos que lo serán de otros mayores, y estos de otros, y así a su vez, hasta alimentar a nuestro succulento bocado. Y así ha sido siempre, delicado y hábil, el eterno ciclo de la

vida. Sin embargo, madre está preocupada. Más que nunca, pues madre, cómo los demás adultos, siempre andan preocupándose de guiarnos, de protegernos, y de proveernos de buenos lugares de alimento. Y lo que precisamente preocupa más a nuestros mayores, es que cada vez debemos nadar más lejos para hallar esos lugares. La comida últimamente escasea. Pero no me preocupo, los adultos cuidarán de nosotros cómo siempre han hecho.

Yo ahora estoy aprendiendo a saltar girando sobre mi cuerpo. El salto normal ya lo domino, pero eso no me emociona. Realmente es por pura competitividad con mi mejor amigo, Nawat, que tiene casi la misma edad que yo. Solemos jugar a ver quién nada más rápido, quién es capaz de salpicar más agua con nuestras aletas caudales o cosas por el estilo. Hoy estoy emocionada porque nos hemos adentrado por una zona nueva, cercana a la costa, en busca de los bancos de arenques. Nawat y yo nos hemos adelantado para inspeccionar la zona, curiosos, y hemos comenzado a dar saltos. Puedo reconocer a cada individuo de mi familia por el dibujo que tiene en la parte de abajo de su aleta caudal. La de Nawat me gusta, porque tiene dos líneas paralelas, y la de mi madre es toda blanca. Sin embargo nunca he podido ver mi propia marca, mi propio sello de identidad. Ninguna ballena jorobada puede doblarse tanto. Mi familia me lo dirá el día en que me haga hembra adulta, como marca nuestra costumbre, y entonces, tomaré mi nombre definitivo. Llego hasta Nawat y doy un salto espectacular para dejarle impresionado. Esta vez he conseguido sacar casi todo el cuerpo del agua.

Comenzamos un juego frenético dando chapotazos en el agua con nuestras enormes aletas, mientras las gaviotas nos rodean, curiosas y atentas por si nuestra presencia pudiera traerles algún bocado de alimento. Pero de repente oímos un gran ruido, cómo un relámpago, que nos deja paralizados. El mar comienza a agitarse, hay preludio de tormenta, pero no creo que ese estallido haya venido del cielo...oímos el clamor de nuestro grupo y nos apresuramos a su encuentro. Al aproximarnos vemos que el agua se va volviendo rojiza, noto el sabor de mi propia especie en el agua, un sabor que me asusta, que me paraliza. Topo de repente con mi madre, que me da un rotundo empujón con la cabeza y me advierte que me valla, hay unos depredadores desconocidos en la superficie, unos seres enormes que lanzan dentelladas sin ni siquiera abrir sus bocas. Y de repente lo veo, el animal más grande que haya visto jamás, tan solo con su panza marrón dentro del agua. –Hay que irse- urge mi madre, nos separamos, pero antes de comenzar a nadar con toda la velocidad de mis aletas siento un inmenso dolor punzante, algo a alcanzado mi aleta izquierda, un enorme diente puntiagudo y alargado como el que más, que se continúa cómo una especie de gusano enorme hasta el cuerpo del enorme animal. No me ha dado tiempo a reaccionar cuando el enorme diente vuelve con fuerza hacia atrás y me desgarrá aún más mi miembro magullado. Lo que unía el

diente al cuerpo del animal ahora está tenso y tira de mi cuerpo hasta él, causándome un dolor indescriptible, mientras yo me retuerzo y gimo tratando de liberarme. Entonces Blanca, mi madre, aparece de nuevo y salta sobre esa unión tensa que trata de sacarme del agua, ese bicho larguirucho y resistente que buscaba mi destrucción. La tensión cesa de inmediato y llego a ver que algo cae al agua, pero mi madre vuelve a toparme –Vete, nada lo más rápido que puedas, nos reencontraremos-. Mis pupilas se dilatan del temor de verme sola, pero la obedezco y comienzo a nadar en dirección contraria a aquellos seres monstruosos, llevándome conmigo aquel diente horripilante que continua desgarrando mi aleta, con el larguirucho gusano ya muerto que le sigue.

Nado y nado, con ese dolor punzante y un reguero de sangre tras de mí. Salgo a respirar con cautela y veo que el mar está agitado. Hay un viento ensordecedor. Voy a seguir cuando veo algo que me llama la atención. Otro animal –o eso creo- que jamás había visto. Estoy aun enormemente acongojada por lo que ha sucedido horas antes pero lo pienso un segundo. Quizás este bicho también haya sido atacado por esos seres malévolos, y ciertamente, su tamaño me parece totalmente inofensivo. Además hay un no sé qué que me dice que ese animal no tendría que tener mucho tiempo la cabeza debajo del agua...

Me sitúo con cuidado y cautela a poca distancia debajo suya y suelto con toda mi fuerza una gran retahíla de burbujas. Veo con orgullo que mi acto tiene efecto, el bicho comienza a moverse.

Aire... La vida vuelve a mí de repente como a un niño que abre sus pulmones por primera vez al salir del vientre de su madre. Levanto la cabeza del agua y comienzo a toser y a escupir agua salada. Miro a mi alrededor y me horrorizo al ver el barco camino al horizonte. Se me quiebra la razón y comienzo a gritar con todas mis fuerzas levantando los brazos. El mar continúa agitado pero comienza a calmarse y observo que hay varios barriles y algunas tablas de madera a algunas brazadas de mi posición. Reúno todas mis fuerzas y nado hacia ellas. Tomo aliento en la primera y tras unos segundos de dubitación decido reunir todos los artilugios flotantes que pueda encontrar.

Tomo por fin aliento aferrándome a uno de los barriles, y apoyo mi cuerpo sobre él, exhausta. Estoy preguntándome qué demonios hacer cuando veo una gigantesca sombra negra debajo del agua. Doy un grito, aterrorizada por lo que me pueda deparar, he intento subirme sobre las tablas de madera, temblando del frío y la conmoción. Y entonces veo que la sombra comienza a ascender, despacio y dudosa, a unos metros de mí. Es una ballena, una ballena jorobada joven. Lo sé porque muchas veces las hemos visto desde el barco, siempre me había encantado sentarme en cubierta y oírlas cantar, mientras el navío se balanceaba tranquilo. Sé que estos animales sólo se alimentan de pequeños

peces y krill, pero nunca había tenido a uno de ellos tan cerca. Y sólo, ¿por qué está solo? El animal está planchado sobre la superficie, flotando y con un ojo hacia mí. Le debe pasar algo, pienso, y entonces, el enorme animal gira sobre sí mismo, lentamente y puedo ver un enorme arpón que atraviesa su aleta izquierda. La ballena vuelve a su posición anterior, y emite un gemido. Me pongo a pensar, tengo una navaja siempre en el bolsillo, si es que no se ha caído, pero aun así no creo que sirva de mucho. Me sumerjo un momento y la miro desde abajo. Estoy acostumbrada a nadar entre los peces y de que estos no se inmuten con mi presencia, pero nunca he nadado cerca de un gran mamífero. Me acerco con cautela y ella me permite aproximarme. Al acercarme más percibo su respiración, potente y tranquila. Tiendo una mano y la poso sobre su piel, tensa y suave. Es maravillosa.

He permitido que el pequeño animal se me acerque, incluso que me toque con esas minúsculas aletas, si es que se pueden llamar así. La verdad es que nunca he visto un animal tan mal adaptado al agua, tiene la aleta caudal dividida en dos, y pensándolo bien, no me extraña que esté tan escuálido el pobre, con esa anatomía, dudo que sea un gran cazador. Pero noto que tiene un alma noble, por eso le he enseñado mi aleta magullada, para compartir su pesar. A ella la han debido de atacar también, y parece que como yo, ha perdido a su familia. Dudo que pueda sobrevivir sola mucho tiempo. Veo que el bicho intenta acercarse a mi aleta herida, al poner la mano sobre ella me asusto y doy un giro con brusquedad. No sé qué quiere hacerme, pero más le vale que no intente nada conmigo. El animalejo comienza entonces a emitir un sonido suave, tranquilizador. Recuerdo cuando me puse bajo ella y la ayudé a respirar, a fin de cuentas, puede que tan solo esté intentando devolverme el favor. La dejo acercarse mientras ella me canta con su suave sonido. La veo sumergirse cerca de mi aleta y la observo maniobrar por el rabillo del ojo. Tras unos cuantos segundos realizando extraños movimientos observo como el odioso gusano se desprende inerte del extremo del diente y cae hacia las profundidades, perdiéndose en la oscuridad del océano. La extraña vuelve de inmediato a superficie y respira apurada. La verdad es que aunque siga sintiendo dolor, ahora me siento algo más tranquila. Veo que no conforme, el animal empieza a tantearme el lomo, dudoso. ¡Que gracia! Parece que quiere subir sobre él, al igual que tantas mañanas lo hacen las gaviotas, cuando descansamos cerca de la costa. Me sumerjo suavemente, divertida, para facilitarle el ascenso.

Es increíble, pero parece que la ballena está intentando facilitarme las cosas, que es consciente de que la quiero ayudar. Impresionada por lo mágico de la situación, y por aquella complicidad dentro de la desesperación, tomo impulso y

me siento sobre su lomo. Sé que ése arpón puede acabar complicándole mucho la vida, y tuvo suerte de que sólo le diera en la aleta. Debo sacárselo de un único movimiento, ya que de otra manera, jamás volverá dejar que me acerque a su herida. Me pongo de pie dificultosamente y llego hasta el mango del arpón. Cuando me dispongo a realizar el movimiento hacia arriba con todas mis fuerzas, la ballena, decidida, baja la aleta de golpe de manera que pierdo el equilibrio y voy al agua. Vuelvo a superficie y la miro aturdida pero de pronto reparo en lo que tengo en mi mano. ¡El arpón! Acabamos de trabajar en equipo sin ni siquiera cruzar una palabra. Doy un grito de júbilo y me vuelvo hasta ella, que no para de mover su aleta caudal, salpicando al aire y contenta de verse liberada.

Comienza a hacerse de noche, y Dos colas, como he decidido llamarla, descansa exhausta sobre los artilugios flotantes. Decido mantenerme cerca de ella, hasta que volvamos a reunirnos con nuestras familias. Me quedo pues flotando a su lado, mientras la Luna, blanca y reluciente, hace su aparición en la noche calma.

Me despierta el frío de la madrugada, y me doy cuenta de que estoy muerta de sed. El gran mamífero sigue a mi lado, tranquilo y majestuoso. Con la claridad del alba empiezo a pensar que hacer, cuál será el siguiente paso para sobrevivir. Si mi barco ha salido bien parado de la tormenta no tardará en recorrer toda la zona para encontrarme, estoy segura. De repente veo que la ballena se prepara para el descenso, despidiéndose con su enorme cola. -No me dejes sola- pienso. Me quedo así sumida en mi nueva soledad y con ella, en un terror creciente, hasta que, tras unos minutos noto cómo el agua en superficie comienza a removerse, e inexplicablemente docenas de peces comienzan a chapotear en ella. Me apresuro y echando las manos al agua consigo hacerme con una caballa grande. Seguidamente, veo cómo la joven yubarta (*3) asciende justo al lado de mi pequeña "embarcación" con sus enormes mandíbulas abiertas. Realmente podría haberseme tragado, pero no lo ha hecho, y ahora se deja flotar de nuevo a mi lado, orgullosa de haberme mostrado lo que es capaz de hacer.

El pescado ha logrado calmar mi hambre y en algo mi sed, pero me sigue urgiendo la necesidad de abastecerme de agua dulce. Descanso sobre mis tablones mientras oigo a la yubarta cantar. Debe estar llamando a su familia, pienso, sin embargo aquí está, sin separarse de mi lado. Ya casi al atardecer, me encontraba observándola anonadada cuando vi que el animal se agitaba.

¡El monstruo! Lo veo a lo lejos, esas extrañas nubes amarillentas, intentando escaparse del cuerpo pardo del enorme animal. Me sumerjo un momento observando. Dos colas se ha vuelto también y lo ha visto. Y de repente veo que se altera muchísimo y empieza a llamar su atención dando chapotazos en el agua y haciendo fuertes sonidos. ¡Será boba!, pues bien, si quiere meterse en las fauces del depredador allá ella, yo no pienso dejar que se me vuelvan a acercar. Me alejo a una distancia prudencial y la sigo observando. Tras un tiempo parece que ha conseguido llamar su atención, pues el monstruo va directo hacia ella. Vuelvo a ascender a superficie para pedirle una explicación, y al mirarla, Dos colas me vuelve a cantar, tranquila y suavemente. Se acerca a mí y me abraza con sus minúsculas aletitas. No comprendo que me dice pero parece muy contenta. Cuando el monstruo se acerca más decido sumergirme y observar la situación, preparada para actuar ante lo que pueda suceder. Observo cómo Dos colas se dirige directa hacia él, al tiempo que el gigante comienza a detenerse, aunque no sea tan grande como el que vi en mi primera vez. Oigo cómo desde arriba me llegan unas voces parecidas a la de Dos colas, aunque éstas no me gusten tanto. Entonces, aparece desde la parte superior un gusano larguirucho como el que tuve colgado de mi aleta, y al que ella se agarra sin pensarlo, y así, Dos colas sube hasta el lomo del gran gigante. Empiezo a pensar que quizás su especie esté asociada a artilugios como ese, y que quizás unos sean buenos y otros no. A unos centímetros bajo el agua, sigo tratando de observar a Dos colas. No quiero que se marche así sin más. Y entonces, oigo otro sonido muy familiar, la llamada de mi especie, a no muchas leguas de mi posición. No obstante me mantengo en mi sitio, incluso sobresalgo un poco del agua, a la espera de poder decir adiós.

Al subir por fin al Spirit soy acogida por el caluroso abrazo de mi padre, enorme y acogedor, y por las palmadas y abrazos del resto de la tripulación, que me preguntaron por mi estado, preocupados. Me pasaron un porrón con agua fresca que bebí agradecida, pero nada más saciar mi sed corrí a asomarme por la cubierta, buscando a mi salvadora, a mi querida yubarta. La encontré esperándome, flotando sobre la superficie, y le volví a cantar, como hasta hacía horas antes había hecho, para hacerle notar mi presencia, mi gratitud. Note que ella también cantaba, un cantico de vida y libertad, más hermoso que el de las mismas sirenas, tan eterno como el propio océano. Y entonces la joven yubarta se sumergió, elevando su enorme cola a modo de despedida, una aleta con un punteado único, cuál el mismo cielo estrellado en una noche despejada. Siempre te recordaré, Syél (3*), y siempre estaré en deuda contigo, y con tu especie.

(1*): Cofa de vigía: Tablado o meseta que puede estar rodeado de una barandilla, generalmente en lo alto de los palos mayores de las embarcaciones, cuyo frente mira a proa. Su función era vigilar a los enemigos y observar la llegada a Tierra.

(2*): Nudo en As de Guía: tipo de nudo marinero no corredizo, muy resistente.

(3*): Syél: Cielo en idioma Criollo.

Seudónimo: Bahari.

Dedicado a Raquel Puig, uno de los mejores encuentros de mi vida.